

Federico de Onís
El triunfo de Blasco Ibáñez
El libro de la Guerra para los americanos
(*El Imparcial* [Puerto Rico], 12-5-1919)

En julio de 1918 se publicó la primera edición de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, traducidos al inglés. Hoy van publicadas 60 ediciones. Me dicen que cada reimpresión consta de 10 000 ejemplares por lo menos; probablemente de más. Esto quiere decir que se han vendido hasta ahora de esta obra española no menos de 600 000 ejemplares. Como la demanda sigue creciendo, es seguro que la venta de la obra llegará al millón y quizá a los dos millones.

Recojo este hecho con inmensa satisfacción, no por el placer tan americano de señalar un «record», sino por la importancia que entraña para nuestros intereses espirituales. Por primera vez un libro español penetra hasta las últimas capas del gran público y se convierte en tema de actualidad. Se discute en la prensa acerca de si nuestro Blasco Ibáñez es o no el primer novelista del mundo. Y se hacen y reciben estos elogios y apreciaciones sin reservas ni recelos de orgullo nacional, cosa que —hay que decirlo en honor de este país— no ocurriría en ninguno de los grandes países europeos.

Es posible que españoles suspicaces encuentren injusticia y confusión en este modo de aceptarnos y elogiarnos. Se pensará que el mismo Blasco Ibáñez había producido sus obras maestras hace más de veinte años, y que los americanos han tardado mucho en enterarse de su existencia (lo cual solo es cierto si se aplica al gran público; no a una cierta minoría que ha estado siempre bien enterada de lo que pasaba en España). Se dirá que Blasco no es el único escritor español. Se dirá seguramente por los amigos de las comparaciones odiosas que Blasco Ibáñez no es el mejor de nuestros escritores y que esa palma la debe llevar tal o cual otro. Habrá, en fin, quien con malsana complacencia piense que es este solo un éxito comercial y pasajero, debido a las circunstancias que han rodeado a este libro, especialmente su conexión con la guerra europea.

Nos sería fácil quizá demostrar que sabemos de nuestras cosas algo más que los americanos que nos leen y nos aplauden. Pero los americanos tienen otras muchas cosas de que ocuparse al mismo tiempo. Además, no está en su carácter el esperar a hacer las cosas cuando estén seguros de su perfección absoluta. Les basta para obrar con saber que su proyecto no es descabellado ni absurdo, que es sencillamente viable.

Por fortuna, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* era un libro llamativo capaz de abrirse el camino del triunfo fácil y ruidoso. Era lo único que nos hacía falta. Porque este público está acostumbrado a que el ruido y las luces y los anuncios precedan a toda oferta buena o mala. Clásicas son las trompetas y las murgas del «Ejército de Salvación» mediante las cuales atraen al público callejero para acabar con una plática sobre la salvación del alma. El gran público lee *Los cuatro jinetes* como un libro de la gran guerra, y descubre en él un libro de valor literario indiscutible, y detrás de aquel libro están los demás libros del mismo autor, y detrás de aquel autor toda una literatura.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis es un buen libro, aunque haya logrado tan gran éxito. Si ha expresado el momento de las emociones y los odios de la guerra, es por lo mismo todo lo contrario de un libro de ocasión. Pero no hay solo la guerra en la obra como en la guerra no había solo la guerra.

Hay —y, en mi opinión, de ello nace el alto valor literario de la obra— la contraposición del mundo americano y el europeo, la sensación de lo que los separa y lo que los une. Fue esta una adivinación genial de Blasco Ibáñez, que supo ver en 1914, y expresar en una fábula, los sentimientos, confusos entonces, que ligaban a América con Europa, los cuales han sido más tarde sacados a luz por la guerra y convertidos en el factor histórico más importante del porvenir.

No es extraño ni es injusto que los americanos se entusiasmen con esta obra, que por tantos lados responde a sus ideales, que resultan ser los más actuales y prometedores de la humanidad. Y bien está que sea un español el que se los ha descubierto. Aparte de otras consideraciones, ¿qué hubiera podido hacer España para deshacer la atmósfera desfavorable que nuestros errores últimos nos han creado, comparable al efecto producido por la lectura de esta obra cálida y fuerte en un millón de lectores norteamericanos?